

## PRESENTACIÓN

El presente número está dedicado al profesor Jorge Eduardo Rivera Cruchaga, a quien tuve la suerte de tener como profesor en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Son muchas cosas las que se podrían decir de don Jorge Eduardo, no obstante, no es posible hacerlo aquí, sin desbordar la extensión de esta presentación. Por ello, solamente me ceñiré a tres aspectos esenciales de su personalidad y de su labor pedagógica: su pasión. De él emanaba una energía desbordante que expresaba en su vida diaria, y especialmente en sus clases. Donde, cuando era necesario, tocaba imaginariamente su violín –porque además de filósofo también era músico– para explicar, por ejemplo, la conciencia interna del tiempo de Husserl. Gesticulaba y escenificaba ejemplos cotidianos para acercar lo más complejo de la filosofía a sus estudiantes. Todo ello, acompañado de constantes preguntas, comparaciones y reflexiones acerca de los grandes problemas de la filosofía. Su compromiso intransable con la claridad: “Lo que no dice con claridad no se piensa con claridad. Y lo que no se piensa con claridad, no se piensa” – solía decir. Por ello, se esforzaba al máximo en expresar con palabras sencillas lo esencial de autores tan complejos como: Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Kant, Hegel, Heidegger, Zubiri, etc. Siempre fue enemigo del lenguaje alambicado, que para él encubría la luminosidad que en sí misma poseía la filosofía. Por último, su profunda religiosidad, que lo llevaba a buscar siempre el diálogo y el equilibrio entre razón y fe, entre filosofía y religión. De la connaturalidad que tenía respecto a la primera, no cabe ninguna duda. De lo consustancial con la segunda, baste citar una pequeña parte de un texto, que escribió como prólogo al libro *“Muerte y búsquedas de inmortalidad”* del teólogo An-

tonio Bentué, para dejar en claro qué era para él la fe y la religión: “Está claro que al morir se acaba todo lo que conocemos [...]. Luego, ¿ya no habrá nada para mí? Es justamente eso lo que la filosofía no puede decirme porque no lo sabe. Entonces, ¿he de vivir como si me esperara la nada? Esa es obviamente una alternativa posible por la que puedo jugarme la vida. Pero también hay otra posibilidad, en la que yo me sitúo. Y es la fe de que seré resucitado el día mismo de mi muerte. Creo, pues, que por la gracia de Dios viviré eternamente Su misma vida divina. Y esta fe me hace enfrentar gozosamente la muerte que me espera”.

Respecto al contenido del presente número señalaré que, en esta oportunidad, el profesor Fernando Soler presenta su artículo: *Preliminares para la comprensión del concepto logos en el comentario a Juan de Orígenes*. El profesor Claudio Díaz presenta: *Una lectura del concepto de dignidad en Gaudium et spes desde el imperativo categórico*. El profesor Thibault de Pontbriand: *La recepción del Concilio Vaticano II de la teología sobre el ecumenismo del padre Yves Marie Congar y algunos aspectos del debate teológico que sobrevino*. Eduardo Pérez-Cotapos, ss.cc.: *La misericordia en la Biblia: un horizonte iluminador de la práctica cristiana*. Rafael García: *¿Por qué es importante la mujer para la Iglesia? El rol de la mujer en la Iglesia y su importancia para la fe cristiana a partir de la obra La mujer de Edith Stein*. El profesor Jorge Costadoat: *El cristianismo de Hilda Moreno. Un estudio de caso*. Por su parte, Ricardo Montes presenta la crónica: *Derechos humanos en Antofagasta; un enfoque interdisciplinar*. Y, por último, Patricio Peñailillo presenta la reseña del libro de Jorge Eduardo Rivera: *De asombros y nostalgia*.

**Dr. Claudio Pastén**

Coordinador de Redacción

Revista Cuadernos de Teología-UCN